

Las pasiones humanas: heroísmo, amor y muerte en un pasaje del canto VI de la *Iliada* de Homero

INTRODUCCIÓN

La figura de Andrómaca cumple un papel intertextual de gran relevancia; papel que comienza a ejercerse desde la Antigüedad —en particular a partir de la literatura homérica—, que tiene su propia interpretación en la tragedia de Eurípides, y luego es enfocado por la literatura romana, específicamente en la tragedia *Las troyanas* de Séneca, hasta que llega a la famosa obra homónima de Racine. En todos los casos en Andrómaca se identifica a una mujer castigada por el destino y víctima de la enorme pasión que siente por su esposo, Héctor (el guerrero troyano exterminado por Aquiles en el marco de los acontecimientos contados en la *Iliada* de Homero).

ANÁLISIS DEL ENCUENTRO ENTRE HÉCTOR Y ANDRÓMACA

De los hechos narrados en la *Iliada* queremos elegir el canto VI y, particularmente, el encuentro entre Héctor y Andrómaca. El diálogo que sostienen los esposos nos permitirá analizar temas y motivos —en particular el tema de la pasión inmensa que los une—, así como características del

lenguaje empleado, que no siempre se han traducido de la manera más adecuada. Creemos que el mensaje homérico es muy rico, pero sostenemos también que es posible encontrar muchos elementos en el dialecto griego utilizado que nos conduzcan a una reflexión analítica superior.

Andrómaca, en Homero, es concebida como la mujer que sustenta el matrimonio y hace de la vida en pareja un verdadero mito, mediante su entrega sin reservas; está allí ante el hombre que ama intensamente y debe despedirse de él sabiendo —en lo más íntimo— que éste es un momento desgarrador y terrible, ya que el valor del guerrero lo habrá de conducir a la muerte inevitablemente. Ella desea, egoístamente, conservarlo a su lado, y por eso su discurso persigue —desde el inicio— este objetivo.

Por lo anterior, cuando Andrómaca dialoga con Héctor, la voz que se escucha es la de una mujer desamparada por la fortuna y sola en un mundo de hombres; una mujer a punto de ser abandonada por obra de la nefasta desdicha, que le arrebatará —de eso no queda ninguna duda— al floreciente esposo amado.

En su discurso, Andrómaca, la narradora, pone en su boca un término inicial polémico:

“Daimonie, éste tu ánimo te destruirá, y no compadesces” (Bonifaz, 1996: 113).

“Δαίμονιε” ha sido traducido de diversas maneras por los estudiosos de la obra. Leconte de Lisle y Emilio Crespo Güemes, en sus respectivas traducciones, coinciden en la palabra “desdichado” para interpretar este vocablo; Luis Segalá y Estalella, por su parte, emplea “desgraciado” y Bonifaz Nuño elige “numen”.

Uno de los primeros conflictos que, evidentemente, enfrenta el traductor radica en tener que optar entre una versión más o menos textual y otra poética; lograr el término medio es lo complicado. En este sentido, los vocablos “desdichado” y “desgraciado” no son los más próximos en el orden textual; pero

ambos conllevan una visión poética que rescata la idea de un ser abandonado por los dioses, de alguien que debe sufrir su condición presente, como les sucedía a esas divinidades secundarias del panteón griego no caracterizadas por la dicha y la felicidad. Si recurrimos a un diccionario griego allí encontramos: “Δαίμων ονοσὸς ἢ ἡ δῖος, δῖος [...] divinidad inferior, genio, espíritu; espíritu de los muertos [...] espíritu del mal, demonio” (Pabon S. de Urbina, 1967: 125). Queda definida una divinidad diferente de las que constituían el primer plano del panteón helénico; y en este sentido Andrómaca le habla a su esposo.

Por lo anterior, la connotación de “numen” empleada por Bonifaz Nuño es la más adecuada en el orden textual, pues si bien es cierto que algo se pierde de ese carácter poético que es preciso conservar, también es verdad que no es posible alejarse del contexto original.

Pensamos que el término δαίμονιε bien podría aludir a “pequeño dios”, y esto dicho con un alcance tierno y cariñoso por parte de la esposa; o, por lo menos, así podría resultar caracterizado según nuestra propuesta. Porque Héctor, a pesar de su naturaleza humana, posee mucho de divino; lo contradictorio radica en que ese carácter que lo aparta de lo meramente humano le exige un pago, como tributo, que tiene asiento en la muerte. Héctor sabe que su destino es grande, pero conoce también la ineludible condición trágica de éste. Ante tal suerte, Andrómaca continúa su réplica:

No te apiadas del tierno infante ni de mí,
infortunada, que pronto seré tu viuda;
pues los aqueos te acometerán todos a una
y acabarán contigo. Preferible sería que, al
perderte, la tierra me tragara, porque si
mueres no habrá consuelo para mí, sino
pesares; que ya no tengo padre ni venerable
madre. A mi padre le mató el divino
Aquiles cuando tomó la populosa ciudad
de los cilicios, Tebas, la de altas puertas:
dio muerte a Etión, y sin despojarle, por el

religioso temor que le entró en el ánimo, quemó el cadáver con las labradas armas y le erigió un túmulo, a cuyo alrededor plantaron álamos las ninfas monteses, hijas de Zeus, que lleva la égida. Mis siete hermanos que habitaban en el palacio, descendieron al Hades el mismo día; pues a todos los mató el divino Aquiles, el de los pies ligeros, entre los flexípedes bueyes y las cándidas ovejas. A mi madre, que reinaba al pie del selvoso Placo, trájola aquél con otras riquezas y la puso en libertad por un inmenso rescate; pero Artemisa, que se complace en tirar flechas, la hirió en el palacio de mi padre. Héctor, tú eres ahora mi padre, mi venerable madre y mi hermano; tú, mi floreciente esposo. (Homero, 1968: 119-120)¹

Andrómaca posee, desde sus orígenes como personaje, esa capacidad tan peculiar para amar entregándose, para amar sin reservas; pero al mismo tiempo es dueña de un sexto sentido, de un don profético que la acompañará en, prácticamente, todas las reinterpretaciones que después de Homero seguirán. Las palabras que pronuncia en el discurso citado *supra* están llenas de una amargura incontenible. Ella sabe, con esa sabiduría que sólo le puede dar su corazón enamorado, que la muerte ronda. La muerte es siempre la gran enemiga de los seres que se aman y, como tal, es la misma que pretende interrumpir esa cadena de afectos que ha unido a los esposos durante tantos años. Y precisamente porque Andrómaca lo sabe, trata de impedirlo con todas las armas que tiene a su alcance, igual que el naufrago cuando se aferra al último leño que flota en el mar de la existencia.

- 1 A partir de este momento todas las citas de la *Iliada* serán señaladas únicamente con la página que corresponde a la edición traducida por Luis Segalá y Estalella; entre paréntesis y a continuación de la cita.
- 2 Prolepsis: situación que se cumplirá en un futuro. Conocimiento anticipado de algo.

Hay dos temas que se ofrecen como puntos estratégicos en el discurso de esta mujer: la viudez y la orfandad. Ambos motivos atentan —desde su condición despojante y cruel— contra el amor. Andrómaca no quiere ser viuda, porque las consecuencias sociales son dolorosas; ser viuda es hallarse nuevamente en una condición inferior respecto a sus semejantes. En la concepción griega, una madre es la fuente de las capacidades naturales que conducen a un héroe a ser lo que es. En este sentido, James M. Redfield —conocido crítico de la obra homérica— señala lo siguiente:

Un niño puede ser esclavizado como lo fue Eumeo; era joven y pudo ser criado con vida, pero un hombre adulto ya no es tan manejable. Pero sí lo es una mujer; ella ha sido de un hombre y puede ser de otro. En este limitado sentido la mujer es un niño toda su vida. Las mujeres, los niños y los esclavos son iguales en tanto que son dependientes, por lo tanto, distintos de los guerreros activos en los que todos ellos deben confiar. En conjunto, así como las demás posesiones materiales, constituyen la hacienda del guerrero, que combate por su bien. (Redfield, 1992: 221-222)

Andrómaca es dueña de una personalidad dominante, para la cual el sentimiento de pareja monógama ocupa un primer e impostergable lugar. No desea pensar en un futuro sin Héctor, porque esta circunstancia sería la enorme prolepsis² de sus tormentos infinitos; por eso lucha con todas las armas que el discurso le da, para elaborar una argumentación que convenga a su esposo de lo inútil del sacrificio que piensa llevar a cabo al regresar al combate.

Por otro lado, la posible condición de orfandad de Astianacte representa otra amenaza para el amor que en este presente une a los esposos; el niño es la consecuencia hermosa del enamoramiento que los identifica, por eso el abandonarlo a su suerte sería un modo implícito de negar ese amor. Andrómaca conoció

en su pasado lo que implica la condición de desamparada; ser huérfano es no tener un padre que defienda y ampare ante la maldad del otro. Recordemos a Asterión, al mítico Asterión quien expósito, huérfano en su laberinto inescrutable, fuera abandonado a su destino para evitar la vergüenza de la familia.

Al mismo tiempo, Astianacte es un símbolo del padre glorioso que lo engendró, por lo que en el futuro —cuando el Priamida ya no esté— todos querrán desquitar sus odios en el pequeño Hectoreida. El permitir que ello suceda sería una forma de no velar por la suerte del hijo; al menos es lo que piensa Andrómaca, quien dominada completamente por la pasión que la acerca a su esposo no puede ni quiere concebir un mañana sin él, egoísta (con ese egoísmo que sólo este cariño inmenso sabe dimensionar), se aferra a una argumentación que su marido refutará cuando se dirija a ella.

La doble hipérbole, manifiesta a su vez en términos de prolepsis: “Los aqueos te acometerán todos a una y acabarán contigo” y “Preferible sería que al perderte la tierra me tragara”, no hace más que reflejar los temores de esta mujer, quien sabe de la amenaza que representan todos y cada uno de los griegos, unidos en el odio que sienten por el guerrero troyano; al mismo tiempo que atisba la soledad y la desesperanza de encarar un futuro sin Héctor, un mañana sin amor, un porvenir vacío.

En cuanto al nombre del hijo, Astianacte alude, etimológicamente, a aquel que salva la parte baja de la ciudad; en su apelativo está implícito un canto al padre amado, que es al mismo tiempo un grito, una exigencia: “Quédate en la torre” (allí es donde la táctica militar más apropiada indica que debe permanecer). Pero la voz silenciosa de Astianacte no será tenida en cuenta, porque Héctor más que un padre, es un soldado; un soldado que cree en su *areté*³ y que morirá, si es necesario, para mantener muy en alto su condición honorable.

En la visión española del *areté*, dirá Lope de Vega siglos después: “La honra es patrimonio del alma y el alma sólo es de Dios”. Cuando en Grecia se creía en muchos dioses mantener el *areté* se complicaba aún más; y no porque el dios cristiano representara mayor benevolencia y dignidad que las múltiples divinidades del panteón helénico, sino simplemente porque éstas parecían tener un mayor poder de convencimiento, apoyado en el miedo generado en torno a ellas fundamentalmente. Algo más, en el marco de los principios identificados bajo el término *paideia* se incluía la noción de constante superación personal; por ello, abandonar el combate implicaba perder *areté*, y regresar a la batalla, aumentarlo, hacerlo digno de un verdadero héroe, deudor de su conciencia, de su familia, de su patria y de su esposa amada.

A pesar de esto último, Héctor desoye la voz de Andrómaca cuando ésta le dice: “Héctor, ahora tú eres mi padre, mi venerable madre y mi hermano; tú, mi floreciente esposo”. No pueden existir términos de mayor entrega como éstos que, en el reconocimiento de la situación presente de Héctor, revelan el amor intenso que la une a él.

En el pensamiento homérico, la idea en torno a la figura de madre es reveladora de una enorme fe en la mujer, quien en esencia se yergue como la dadora de vida. Andrómaca permite que su pasión amorosa actúe con doble punta de lanza: por un lado, es esposa tierna y sufriente; por otro, es madre desolada de un hijo pequeño.

En términos lingüísticos concretos, no deja de llamar la atención el hecho de que el sustan-

3 El término *areté* aparece íntimamente asociado con el concepto de *paideia*. “El castellano actual no ofrece un equivalente exacto de la palabra. La palabra “virtud” en su acepción no atenuada por el uso puramente moral, como expresión del más alto ideal caballeresco unido a una conducta cortesana y selecta y el heroísmo guerrero, expresaría acaso el sentido de la palabra griega” (Jaeger, 1957: 20-21).

tivo *madre*⁴ aparezca, en este contexto y en otros de la *Iliada* —no en todos—, acompañado del modificador directo “venerable” o también “soberana, reina”.⁵ Este vocablo adjetivo parece haber quedado fosilizado, y como tal permanece allí por alguna razón histórica, diferente del sustantivo *padre*, que emerge —en la mayoría de los casos— sin acompañamiento morfológico que lo modifique.

En el texto citado anteriormente resultan adjetivados los sustantivos *madre* y *esposo*. Consideramos, de acuerdo con un planteamiento crítico que ya hemos encontrado en otros autores,⁶ que dos fuerzas operan en el canto del aedo cuando utiliza los adjetivos mencionados, pero lo hace con alcance e intención diferentes: “Venerable madre” puede esconder la potencia profunda de un pasado en donde la madre destacaba por su papel dominante, ya que incluso estaba al frente del clan por su condición de *mater familia* (de esta manera, el matriarcado habría funcionado como un estatus anterior al propio patriarcado). En segundo lugar, “florecente esposo” expresa sólo la emoción presente de la cónyuge que se ve en la obligación de alabar las virtudes del marido, a quien además de amar con entrañable entrega también le ofrece su tributo por lo que él representa: el eje de la casa y la guía constante.

De esta forma, el matriarcado constituye una suerte de nostalgia referida a un pasado que se ha marchado definitivamente, pero que pervive en estratos lingüísticos de alguna manera arcaicos; estos, al mismo tiempo, configuran fórmulas que no sólo autorizan al narrador a expresar su tributo y veneración a la madre, sino que también lo orillan a utilizar

esto que resulta como un producto gramatical de condición ritual y constante, a pesar de que el hecho histórico que lo originó haya pasado ya.

Por lo tanto, si “venerable madre” alude a un ayer que se pierde en la noche de los tiempos, “florecente esposo” refleja la estructura actual dominante, el *pater familia* (concepción que se fundamenta en la clase guerrera que integraban los griegos). En fin, Andrómaca no podrá sobrevivir si falta la base y el fundamento de esa familia, a pesar de que ella sabe cumplir a la perfección su papel de “madre venerable”, y así lo reconoce Héctor cuando al iniciar su discurso le habla con profunda ternura:

Todo esto me da cuidado, mujer, pero mucho me sonrojaría ante los troyanos y las troyanas de rozagantes peplos, si como un cobarde huyera del combate; y tampoco mi corazón me incita a ello, que siempre supe ser valiente y pelear en primera fila entre los teucros, manteniendo la inmensa gloria de mi padre y de mí mismo. [...] Día vendrá en que perezcan la sagrada Ilión, Príamo y el pueblo de Príamo. [...] Pero la futura desgracia de los troyanos [...] no me importa tanto como la que padecerás tú cuando alguno de los aqueos, de broncíneas corazas, te lleve llorosa, privándote de la libertad. [...] Pero ojalá un montón de tierra cubra mi cadáver, antes que oiga tus clamores o presencie tu rapto (120).

El equilibrio controla las pasiones humanas en el hombre griego; por eso Héctor sabe qué le corresponde hacer y no acepta las sugerencias de su esposa en cuanto a permanecer detrás de los muros y defender desde allí Ilión. Es un excelente guerrero y un destacado líder, y como tal debe dominar el heroísmo en él, aunque éste sea el camino que lo conduzca a la muerte. Curiosamente aquello que aterroriza a Andrómaca, a Héctor lo obliga a actuar.

4 En griego μήτηρ (Pabon S. de Urbina, 1967: 396).

5 En griego el término es πότνια, que tiene varios significados: dueña, soberana, reina, sagrada, venerable. (*Ibid.*, p. 495).

6 Cfr. Braidá Berreta (1966), *Apuntes de clase*, Montevideo.

Su ánimo está compenetrado por lo que los griegos denominan *némesis*, es decir, la desaprobación moral de los otros: él sentiría vergüenza si como un cobarde tuviera que huir del combate. Éste es el tema que aparentemente lo mortifica en mayor medida, porque siempre ha sido valiente y ha peleado en primera fila; pero sólo aparentemente porque, por encima de todo el dolor que le provocaría ver morir a los seres queridos, le conmueve todavía más la futura desgracia de su esposa.

En el momento que refiere la cita, las palabras de Héctor poseen un terrible carácter premonitor, porque el narrador ha puesto en su boca justamente todo lo que va a suceder. Héctor está próximo a morir y presiente, con la lucidez que sólo los moribundos poseen, aquello que acontecerá. Su discurso se refugia en los términos: "Pero ojalá un montón de tierra cubra mi cadáver, antes que oiga tus clamores o presencie tu rapto". No desea ser testigo de la desgracia de aquella a quien ama; he aquí un auténtico tributo de amor de quien contempla con horror el futuro e, impotente, baja los brazos ante lo irremediable.

En seguida, el sensible guerrero extiende los brazos hacia su hijo amado, quien se refugia asustado en el seno de la nodriza al no reconocerlo. La actitud de Astianacte funciona también ahora como una suerte de prolepsis, de nefasto augurio de lo porvenir. El niño no ve al padre, sino al soldado; Héctor es portador de la máscara del caudillo mediante el atuendo bélico: el rostro del padre está oculto. El pequeño no quiere aceptar que su progenitor se halle aparentemente presente, sólo cuando aquél se quita el casco lo reconoce y se echa en sus brazos. El Priamida consternado y lleno de emoción eleva una plegaria a los dioses: "¡Zeus y demás dioses! Concededme que este hijo mío sea como yo, ilustre entre los teucros e igualmente esforzado; que reine poderosamente en Ilión; que digan de él cuando vuelva de la batalla: '¡Es mucho más valiente que su padre!'" (121).

Las palabras de Héctor no parecen corresponder con lo que en verdad está ocurriendo ni, menos aún, con lo que va a suceder. Desde lo más hondo de su corazón de padre impotente formula un buen deseo, y así se lo implora al inmutable Zeus. De acuerdo con el principio aristocrático de la superación personal y familiar, el hijo debe ser mejor que su padre; Héctor lo ha conseguido en relación con Príamo; desearía también, por tanto, que Astianacte lo alcanzara en relación con él. Sus palabras están revestidas de dolor, y de nuevo se yergue la imposibilidad de alcanzar aquello que se desea. Se dirige ahora a su esposa amada, a quien le dice: "¡Desdichada!⁷ No en demasía tu corazón se acongoje, que nadie me enviará al Hades antes de lo dispuesto por el destino; y de su suerte, ningún hombre, sea cobarde o valiente, puede librarse una vez nacido" (121).

Si el amor puede expresarse en términos lingüísticos, nada mejor que este momento para demostrarlo. Héctor comienza su discurso con el mismo vocativo que Andrómaca empleó para referirse a él —sólo cambia la adecuación del género—. "Desdichada", le dice, y con ello subraya el demoledor poder del destino que la ha tornado así. El hombre y la mujer, en este caso, no tienen la capacidad de oponerse ante aquello que el hado funesto determina. Andrómaca perdió en el pasado a toda su familia por obra del temible Aquiles y ahora —en este presente desgraciado— los hechos se repetirán: Aquiles reaparecerá nefasto en su existencia.

La exhortación que sigue en nada puede remediar, ni siquiera atenuar, la pena que embarga a esta mujer. De acuerdo con los términos religiosos del fatalismo, nadie podrá enviar a Héctor al Hades antes de lo dispuesto por el destino. El hombre marcha ciego hacia su final, porque no le es dado saber con certeza cuándo será ese momento en que el hado

7 El término griego es *δαμωνθη*.

funesto determine su extinción. El vuelo poético que alcanzan las palabras del héroe resulta estéticamente bello cuando dice: “De su suerte ningún hombre, sea cobarde o valiente, puede librarse una vez nacido”. Todos los seres humanos están identificados en lo que al encuentro con su destino refiere. Todos han nacido predeterminados y no habrá fuerza —ni humana ni divina— que pueda impedirlo. El encuentro de estos personajes, que ha sido revelador de la condición humana y heroico, termina de la siguiente manera: “Dichas estas palabras, el preclaro Héctor se puso el yelmo adornado con crines de caballo, y la esposa amada regresó a su casa, volviendo la cabeza de cuando en cuando y vertiendo copiosas lágrimas” (121).

Una vez concluidos los discursos, le toca el turno a la acción. El preclaro Héctor abandona para siempre su condición de progenitor y recupera la máscara del guerrero nuevamente, el yelmo adornado con crines de caballo. La esposa amada regresa a su casa; de alguna manera, ella también deja de ser esposa para transformarse en la guardiana del hogar, en la guía única que ha quedado al alejarse el marido heroico. Su faceta humana, sin embargo, reaparece con toda su fuerza mediante las lágrimas que escapan de sus ojos.

Todo ha concluido; sin embargo, en el interior de cada uno permanece la pálida esperanza de que el destino aún no haya establecido cosa alguna. Cuando Héctor enfrentado a Aquiles —según se narra en el canto XXII— comprende que su hermano Deífobo ha sido sólo un engaño de Atenea, cae el velo del porvenir para él y se expresa con total lucidez al decir: “Ya la parca me ha cogido. Pero no quisiera morir cobardemente y sin gloria, sino realizando algo grande que llegara a conocimiento de los venideros” (vol. II: 122). Ahora sí la esperanza deja de batir sus alas y la realidad se impone: va a morir; sólo le queda el consuelo de trascender, hacer algo grande, valeroso.

Andrómaca contempla desde la muralla el desenlace y con abundantes lágrimas se prepara para cumplir su destino también; prometió una total fidelidad al esposo muerto, y así lo hará. Héctor ya no estará con ella físicamente, pero su recuerdo permanecerá vivo a cada instante. Cuando en la tragedia de Racine, Pirro —el raptor, su nuevo *dueño*— perdidamente enamorado le pide su cuerpo y su amor a cambio de la vida de Astianacte, ella simula el acto de entrega, únicamente para salvar a su primogénito, pero llegado el momento de la acción no le da absolutamente nada. Su pasión está anclada en Ilión y su amor por Héctor es una muestra irrefutable de esa fidelidad con que las grandes mujeres de la historia, literaria y real, saben pagar cuando están plenamente convencidas de la misión que en la tierra les toca cumplir.

CONCLUSIONES

Las grandes pasiones del hombre echan anclas en la vida misma. Hemos analizado en el presente ensayo un testimonio elegido de la tradición homérica, y éste, aun cuando lejano en el tiempo, resulta vigente. La permanencia del pensamiento homérico es indiscutible en este siglo XXI, no sólo en las obras que lo han *intertextualizado*, también en la existencia de los hombres, en sus excesos, en sus búsquedas, en sus matizados equilibrios. El ser humano de hoy tiene probablemente otras consignas menos heroicas que las de ayer; pero igual se entrega, sufre y se desgasta al cuestionarse si hay un destino que lo guía y mortifica o si está solo en este universo (aferrado también a la adusta esperanza que nunca lo abandona).

La voz de Héctor y la enseñanza de Andrómaca continúan vivos en los muchos ejemplos de sufrimiento compartido que presenciemos a cada instante. El hombre no cesa en su empeño de vivir y ser feliz, a pesar de las trabas que el destino le impone. LC

BIBLIOGRAFÍA

- Eurípides (1978), "Andrómaca", *Trágicos griegos. Esquilo, Sófocles y Eurípides*, Madrid, Aguilar [trad. Enriqueta de Andrés Castellanos *et al.*].
- Homero (1996), *Iliada*, México, UNAM, tomos I-XII, Col. Biblioteca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana [Versión de Rubén Bonifaz Nuño].
- ____ (1996), *Iliada*, México, El libro español [traducción nueva del griego por Leconte de Lisle, versión española de Germán Gómez de la Mata].
- ____ (1971), *La Iliada*, Buenos Aires, Losada [trad. Luis Segalá y Estalella, prólogo de Pedro Enríquez Ureña].
- ____ (2000), *Iliada*, Madrid, Gredos [introducción general, traducción y notas por Emilio Crespo Güemes].
- Jaeger, Werner (1957), *Paideia: los ideales de la cultura griega*, México, FCE [trad. Joaquín Xirau y Wenceslao Roces].
- Pabon S. de Urbina, José M. (1967), *Diccionario manual griego español*, 15ª ed, Barcelona, Bibliograf.
- Racine, Jean (1996), *Andrómaca. Fedra*, 3ª ri., México, Rei [edición de Emilio Nájuez].
- Redfield, James M. (1992), *La tragedia de Héctor. Naturaleza y cultura en la Iliada*, Barcelona, Destino [trad. Antonio J. Desmots].
- Séneca (1976), *Tragedias completas*, México, Aguilar [trad. Lorenzo Riber].

